

John Soluri*

A LA SOMBRA DEL BANANAL:
POQUITEROS Y TRANSFORMACIONES ECOLÓGICAS
EN LA COSTA NORTE DE HONDURAS,
1870–1950

Resumen

Este artículo ofrece una interpretación socioecológica de la producción bananera de exportación en Honduras entre 1870 y 1950. Trae a un primer plano a los actores humanos (productores de banano individuales) y no humanos (patógenos de las plantas), que en raras ocasiones son el punto central de la historiografía existente sobre la industria del banano. Examina la interacción de los procesos de producción cambiantes, los mercados internacionales y el paisaje y estilo de vida en constante transformación de Honduras. Se argumenta que el surgimiento de las enfermedades epidémicas de las plantas, primero el mal del Panamá y posteriormente la Sigatoka, estaba relacionado con el cambio tanto medioambiental como social. Los efectos de las enfermedades variaron a través del tiempo y del espacio, creando oportunidades y a la vez restricciones para los productores y trabajadores del banano a pequeña escala. Sin embargo, para 1950, el capital y la tecnología estadounidenses dominaban la producción bananera en el paisaje agrario modificado, dejándoles un espacio reducido a los productores a pequeña escala.

IN THE SHADOW OF THE BANANA PLANTATIONS:
SMALL-SCALE GROWERS AND ECOLOGICAL TRANSFORMATIONS
ON THE NORTH COAST OF HONDURAS, 1870–1950

Abstract

This article offers a socio-ecological interpretation of export banana production in Honduras between the years 1870 and 1950. It brings to the foreground both human actors (non-company banana growers) and non-human actors (plant pathogens) that seldom occupy the spotlight in the existing historiography on the banana industry. The article examines the interaction of changing production processes, international markets, and transforming landscapes and livelihoods in Honduras. It is argued

* John Soluri (estadounidense) obtuvo su doctorado en historia en la Universidad de Michigan en Ann Arbor. Actualmente es profesor asistente de historia en la Carnegie Mellon University, en Pittsburgh. Está investigando sobre la historia social y ambiental del cultivo de plátano en Honduras. Su dirección de correo electrónico es jsoluri@andrew.cmu.edu.

that the emergence of plant disease epidemics, first Panama Disease and later Sigatoka, was linked to both environmental and social change. The effects of the diseases varied over time and space, creating both opportunities and constraints for small-scale banana growers and workers. By 1950, however, U.S. capital and technology dominated banana production in the altered agroscape and left little room for small-scale producers.

El proceso de implantación del capitalismo no fue lineal, racional o eficiente sino más bien —como en el resto de países latinoamericanos— pragmático, errático, ilógico, brutal, arbitrario; en fin, producto de las ambiciones de la misma dinámica capitalista.

Antonio Murga Frasinetti¹

En su novela *Prisión verde*, el escritor hondureño Ramón Amaya Amador narra un encuentro tenso entre el superintendente de la Standard Fruit Company (SFCo) y un viejo terrateniente llamado Luncho López.² El superintendente, un estadounidense con ojos azules y cabello “oro puro del Guayape”, junto con su abogado y unos vecinos de López, presionan al propietario para que venda su terreno a la compañía. Pero López no firma el contrato de venta y exclama: “Soy como un árbol; tengo mis raíces muy adentro de esa tierra”. Viendo la intransigencia del propietario, el abogado de la compañía emprende un plan con el propósito de obligar a López a vender su propiedad. El abogado induce a López a botar sus cañaverales y demás cultivos y a sembrar bananos. Pero cuando la fruta está lista para cortar, López recibe una sorpresa amarga: la compañía no la quiere. Luego, la compañía le da el golpe de gracia avisándole que va a suprimir el suministro de insumos químicos para el control de la epidemia de la Sigatoka. Ya decepcionado y quebrado, López vende su propiedad a la compañía y se retira a la ciudad.

Amaya Amador utilizó el personaje de López como símbolo de las transformaciones sociales en Honduras que resultaron de la expansión bananera a través de inversiones norteamericanas. La acción de la novela ocurre mayormente en las plantaciones de las compañías donde miles de campesinos están “encarcelados” por la pobreza y el imperialismo estadounidense. No cabe duda que Amaya Amador, nacido en la zona bananera de Olanchito y un

¹ Antonio Murga Frasinetti, *Enclave y sociedad en Honduras* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1985 [1978]), págs. 71–72.

² Ramón Amaya Amador, *Prisión verde* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1990 [1950]), págs. 15–20.

líder del Partido Comunista de Honduras, escribió *Prisión verde* en una tinta “roja” para dar voz a la clase trabajadora y animarla a organizarse. La obra de Amaya Amador también se puede interpretar como una historia “verde” de la Costa Norte. Desde una perspectiva ecológica, la “prisión verde” se refiere a los monocultivos por los cuales las compañías realizaron economías de escala, pero que también formaron un agro-ecosistema inestable que tuvo impactos importantes en los sustentos y paisajes de la Costa Norte entre finales del siglo XIX y la década de 1940.

En este artículo ofrecemos una interpretación de la producción bananera que une las perspectivas de la historia ecológica y la social con el propósito de examinar las interacciones entre los procesos de producción del banano, los cambios ecológicos y las transformaciones de trabajo en la Costa Norte. Vale la pena enfatizar al principio que no es nuestra motivación resucitar el determinismo biológico sino ofrecer una visión que reconoce el enlace dinámico entre fuerzas sociales y ecológicas.³ En contraste a la mayoría de las historias sociales sobre las zonas bananeras, nuestro enfoque no se centra en los trabajadores del campo; los actores principales son las personas que cultivaban el banano a pequeña y mediana escala —los poquiteros y finqueros nacionales. Por lo general, la historia del grupo heterogéneo de productores particulares ha quedado oculta en la sombra larga de la United Fruit Company (UFCo), “El Pulpo”. La falta de atención al siglo XIX refleja la escasez de fuentes disponibles para los investigadores y la presunción de que la Costa Norte no era dinámica antes de que llegaran las compañías estadounidenses.⁴ Pocas investigaciones han considerado la producción a pequeña escala, la de los poquiteros, que formó la médula de la industria bananera en Honduras por 25 años antes de la formación de las grandes compañías de dicha industria. Además, estos poquiteros persistieron en Honduras hasta la década de 1940. Sostenemos que la expansión e integración vertical de las empresas estadounidenses no fue acompañada por un proceso de proletarianización universal. Las evidencias sugieren que la producción bananera durante las primeras décadas del siglo XX estimuló un desarrollo económico sin uniformidad debido, en parte, a la dinámica que resultó de dos epidemias que afectaban la producción bananera: el mal de Panamá y la Sigatoka.

³ Para otro ejemplo de la integración de historia social y ecológica, véase Steve Marquardt, “‘Green Havoc’: Panama Disease, Environmental Change, and Labor Process in the Central American Banana Industry”, en *American Historical Review* 106: 1 (febrero de 2001), págs. 49–80.

⁴ Ethel García Buchard, *Poder político, interés bananero e identidad nacional en Centroamérica* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1997), págs. 15–22.



Llevando la fruta al área de carga, Truxillo Railroad Company,
Puerto Castilla, Honduras, década de 1920



Terrenos talados, Tela Railroad Company, Honduras, 1929

Cortesía de la Baker Library, Harvard Business School,
United Fruit Company Collection

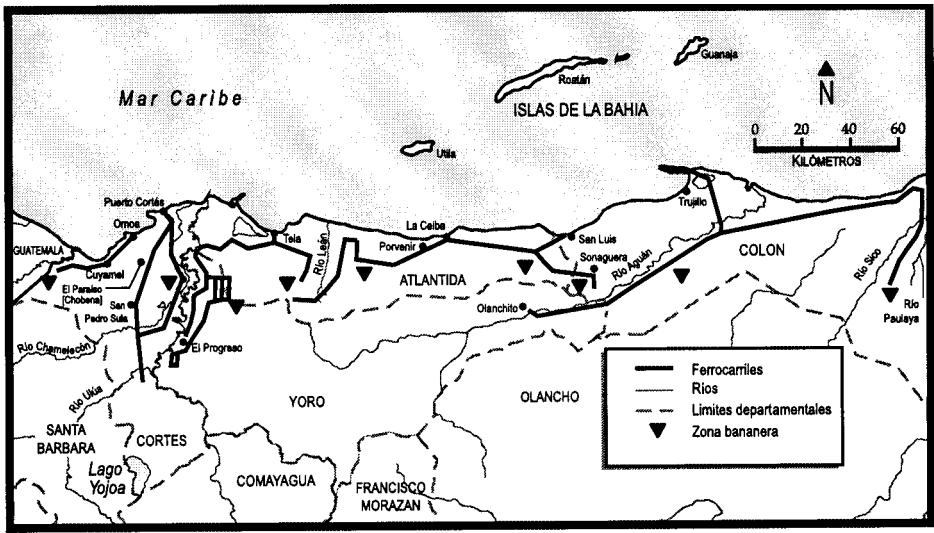
Este ensayo se desarrolla en tres partes. Empezamos en el siglo XIX cuando aún no existían empresas transnacionales ni tampoco epidemias. En contraste con la mayoría de estudios anteriores, no vemos esta época como un etapa “precapitalista” que fracasó ante la ola capitalista internacional.⁵ Sostenemos que los elementos claves de la producción bananera del siglo XX se formaron durante el siglo XIX. Después examinamos la dinámica ecológico-social impulsada por el mal de Panamá, enfermedad que llegó a Honduras en la década de 1910. Los productores del banano y varios gobiernos tomaron medidas para controlar la epidemia sin éxito. Por lo tanto, entre 1920 y 1950, las compañías bananeras mantuvieron la estrategia de abandonar fincas malas y de sembrar en tierras “vírgenes”, es decir, suelos cubiertos por bosques. Esa solución —podríamos llamarla roza y quema a gran escala— no era sostenible a largo plazo y exigió un costo ecológico-social muy fuerte. En zonas abandonadas centenares de familias perdieron sus sustentos, mientras que en las regiones por donde iban los ferrocarriles de las compañías nacieron oportunidades económicas por un tiempo indefinido.

Al final, consideramos las relaciones entre el poder de la UFCo, la epidemia de la Sigatoka y el decaimiento de los poquiteros. La Sigatoka apareció en el valle de Sula en 1935 y se extendió muy rápidamente por las zonas bananeras, sin dejar tiempo suficiente para reubicar fincas y demás infraestructura. Por lo tanto, la UFCo empezó a experimentar con fungicidas químicos. Aunque los técnicos inventaron un sistema que le servía a la empresa, el costo de los materiales y la mano de obra necesarios puso el sistema fuera del alcance de la mayoría de los productores. A los cuatro años del inicio de la epidemia, casi todos los poquiteros en el valle de Sula habían desaparecido; los productores que seguían cultivando sus bananales lo hicieron bajo condiciones que favorecieron a la UFCo.

LOS POQUITEROS Y LA PRIMERA PRODUCCIÓN BANANERA EN HONDURAS, 1870–1912

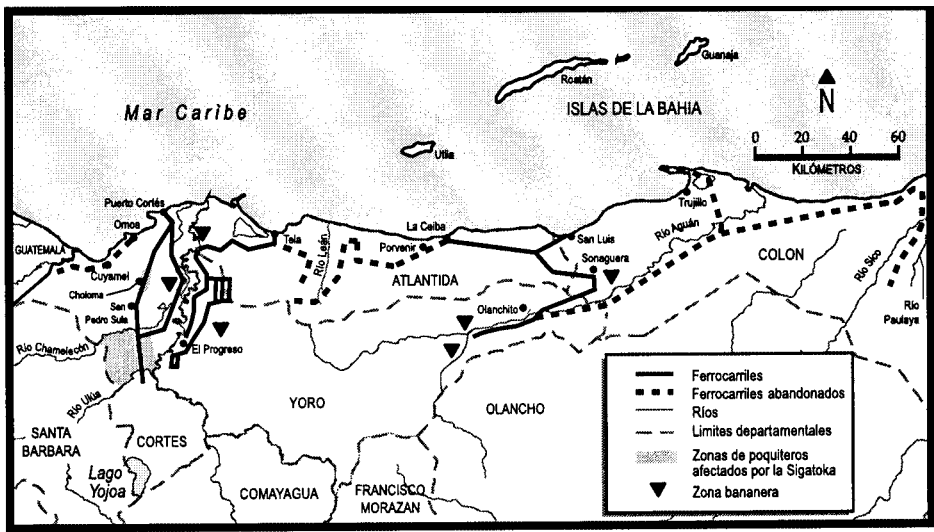
El primer centro de producción bananera en Honduras se dio en las Islas de la Bahía, una pequeña cadena de islas frente a la tierra firme (Mapa 1). La gran mayoría de los pobladores de la isla de Roátan eran angloparlantes que casi no se comunicaron con el mundo hispano-hondureño y que mantuvieron vinculaciones culturales y comerciales con los británicos y los esta-

⁵ Murga Frasinetti, *Enclave y sociedad en Honduras*, págs. 48–56; Edelberto Torres Rivas, *Interpretación del desarrollo social centroamericano* (San José: EDUCA, 1971); y Charles Brands, “The Background to Capitalistic Underdevelopment: Honduras to 1913” (Tesis de doctorado, University of Pittsburgh, 1972).



Costa Norte de Honduras en la década de 1930

Mapas por Michael Pacey



Costa Norte de Honduras en la década de 1950

dounidenses.⁶ A partir de la década de 1860 empezaron a llegar a las islas de Roatán y Utila goletas con procedencia de Nueva Orleans. En 1879, seis compañías estadounidenses enviaban vapores a las islas para comprar bananos y cocos y vender mercancías. Durante la década de 1880, la demanda norteamericana sobrepasó la producción isleña, hecho que motivó a los capitanes de vapores (con una capacidad mucho más alta que las goletas) a buscar fruta por la costa de Honduras. En el año 1889, el gobierno nacional autorizó la subvención de los vapores que entraban a Puerto Cortés, con la intención de estimular el mercadeo de fruta por la zona litoral.⁷ Esta política, en combinación con el empobrecimiento de los suelos y la falta de mano de obra, dio un golpe mortal a los productores isleños. Poco tiempo después, los observadores comentaban que los capitanes de los vapores “casi siempre” preferían comprar bananos a los productores ubicados en la costa.⁸

En el año 1893, aproximadamente doscientos habitantes de Roatán solicitaron al gobierno nacional el establecimiento de un puerto libre en Roatán. El comunicado explicó que “el comercio de guineos que en otro tiempo fue una de las principales riquezas de este departamento ha sido completamente nulificado por ser imposible la competencia con la fruta producida por las tierras feracísimas del continente”.⁹ A partir del siglo XX, la exportación de bananos se había acabado. Una historia detallada de esa época isleña en la producción bananera queda por escribirse. No obstante, es importante reconocer esta raíz anglo-caribeña de la industria bananera que ha estado casi borrada de la memoria colectiva hondureña.¹⁰

Podemos señalar tres factores ecológico-sociales que facilitaron la producción bananera a pequeña escala en la costa. El cultivo del banano no exigió una gran cantidad de capital ni de mano de obra. Las plantas (musa) se adaptaban bien al clima húmedo tropical de las tierras bajas que se encuen-

⁶ Un observador estadounidense usó la palabra *creole* al escribir sobre los pobladores de Roatán para señalar sus raíces afro-caribeñas. Véase “William Burchard (4 de diciembre de 1884), United States National Archive (USNA), Dispatches from U. S. Consuls in Omoa, Trujillo, and Roatan, 1831-1893”, microfilm series T-477, reel 5.

⁷ Honduras, *La Gaceta* (9 de septiembre de 1889).

⁸ Honduras, *La Gaceta* (31 de enero de 1890).

⁹ Roatán (30 de noviembre de 1894), Archivo Nacional de Honduras (ANH), Carpeta, 1893.

¹⁰ Eduardo Hendricks James, un estudiante de postgrado en economía y planificación del desarrollo de la UNAH, está realizando una investigación sobre la historia de “los isleños”. Véase también William V. Davidson, *Historical Geography of the Bay Islands, Honduras: Anglo-Hispanic Conflict in the Western Caribbean* (Birmingham, Alabama: Southern University Press, 1974).

tran en la costa norte del país. Los varios ríos que cruzaban el plano de la costa depositaban suelos profundos y fértiles. Estas zonas aluviales sirvieron como los primeros centros de producción bananera. Además de la presencia de suelos fértiles, no aparecieron plagas ni epidemias que afectaran el banano en Honduras hasta el siglo XX. Bajo tales condiciones favorables, el banano dio fruta en el plazo de un año, generando ingresos mucho más rápido de lo que hubiera sido posible si se hubieran cultivado cocos o cacao.

Por supuesto, el cultivo del banano no hubiera sido posible sin tierras para sembrarlo. Aunque no existe un estudio sobre la distribución de las tierras para la costa norte durante el siglo XIX, tanto Darío A. Euraque como Francisco Guevara Escudero han notado la disponibilidad de tierras municipales (ejidos) y nacionales por la región, una tesis que nuestras investigaciones en archivos municipales han confirmado.¹¹ Los poquiteros del siglo XIX también aprovecharon el sistema de transporte que, aunque problemático, permitía el movimiento de las cosechas de las fincas a los puertos. Los productores dependieron del Ferrocarril Nacional, que se extendió desde Puerto Cortés hasta Potrerillos, y también de las lanchas que transportaban la fruta por los ríos. Finalmente, es importante reconocer que el banano, tanto como el plátano, ha ocupado un lugar central en la cocina y la agricultura caribeña-centroamericana. A lo mejor los primeros productores que tomaron la decisión de vender sus bananos a los comerciantes norteamericanos no lo entendían como una revolución sino como una modificación de prácticas agrícolas bien establecidas.

El cultivo del banano en el siglo XIX no estaba libre de riesgos. Muchas veces los vientos fuertes destruyeron bananales sembrados con la variedad Gros Michel, una planta muy alta. Los meses de invierno traían lluvias que amenazaban con inundar tanto los cultivos como los caminos y los ferrocarriles que conectaban las fincas a los puertos. Las vacas sueltas formaron una clase de peligro cotidiano durante las últimas décadas del siglo XIX: los conflictos entre ganaderos y agricultores eran comunes y provocaron en muchos lugares una revisión de las reglas sobre el uso de ejidos municipales.¹² Pero los

¹¹ Darío A. Euraque, *Reinterpreting the Banana Republic: Region and State in Honduras, 1870–1972* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996), pág. 24; Francisco Guevara Escudero, “Nineteenth-Century Honduras: A Regional Approach to the Economic History of Central America, 1839–1914” (Tesis de doctorado, New York University, 1983); y John Soluri, “Landscape and Livelihood: An Agroecological History of Export Banana-Growing in Honduras, 1870–1975” (Tesis de doctorado, University of Michigan, 1998), págs. 20–86.

¹² Darío A. Euraque, “San Pedro Sula, actual capital industrial de Honduras: su trayectoria entre villorrio colonial y emporio bananero, 1536–1936”, en *Mesoamérica* 26 (diciembre de 1993), págs. 228–229; Soluri, “Landscape and Livelihood”, págs. 41–50.

problemas más graves se manifestaron después de la cosecha, cuando los productores tuvieron que transportar la fruta con rapidez y cuidado para que llegara al puerto en buen estado. Los productores registraron muchas quejas contra el gobierno nacional sobre el mal estado de los caminos y el Ferrocarril Nacional, una preocupación que reflejó la tensión entre productores y exportadores sobre el rechazo de racimos en los sitios de embarcación. La evaluación de la calidad de la fruta y la cantidad de racimos derrumbados se vincularon estrechamente con el ciclo de demanda en los mercados norteamericanos. Por ejemplo, el mismo racimo que llegaba al mercado en un mes de alto consumo, muchas veces era rechazado en la época de baja demanda.

Es importante notar que los conflictos entre productores y exportadores se manifestaron desde los primeros años del mercadeo del banano. Por ejemplo, en 1889, Jesús Quirós envió una carta al gobierno nacional comentando que “el que debiera producir inmensas ventajas es el de bananos que hacen los vecinos de Tela; pero los capitanes de vapores, abusando de la debilidad de los fruteros cometen tantas faltas que siempre les dañan en sus negociaciones”.¹³ En 1893, decenas de teleños le solicitaron al presidente Leiva su ayuda en contra de “los abusos hechos por las compañías exportadoras”.¹⁴ Este mismo año el poder ejecutivo aprobó la primera ley nacional reglamentando la venta del banano. La ley limitó la venta de fruta a sitios específicos y estableció inspectores del producto encargados del monitoreo de transacciones entre productores y exportadores. Además, estableció un impuesto sobre la fruta exportada, cuyos ingresos debían cubrir los sueldos de los inspectores y subvencionar las compañías de transportes marítimos.¹⁵

Pero los productores del banano no esperaron que el gobierno les protegiera de todos los “abusos” cometidos por parte de los compradores de su producto. En 1894, 85 productores de San Pedro Sula formaron una sociedad bananera con el propósito de “impulsar el desarrollo de la industria bananera, procurando salvar los obstáculos que actualmente se oponen a la vida y progreso de dicha industria en este litoral”.¹⁶ Según los estatutos de la sociedad, para hacerse socio un productor debería cultivar una manzana (0.69 hectáreas) de bananos. Un estudio sobre los bananeros realizado en 1899 registró los nombres de 39 fundadores de la Sociedad Bananera de San Pedro Sula. Dentro de este grupo, los individuos tenían bananales entre 1.4 y 84

¹³ Honduras, *La Gaceta* (1890).

¹⁴ Actas de la Municipalidad (5 de febrero de 1893), Tela, Atlántida, Libros de las Actas de la Municipalidad.

¹⁵ Honduras, *La Gaceta* (17 de octubre de 1893).

¹⁶ Honduras, *La Gaceta* (6 de marzo de 1894).

hectáreas de superficie; solamente cuatro personas cultivaban más de 30 hectáreas de banano, lo que indica que los finqueros grandes no dominaban la sociedad.

En 1895, 150 personas, incluyendo 17 mujeres, formaron una sociedad bananera en Omoa.¹⁷ Se encargó a una junta directiva la responsabilidad de negociar los contratos con los exportadores. La Sociedad le prohibió la venta de fruta a los socios que no gozaban de la autorización de la junta directiva. Los contratos de compra-venta, negociados alrededor del primero de enero, establecieron precios por un plazo de uno o más años. Bajo tales condiciones, los productores dependían de la competencia entre los exportadores. Una circular distribuida por la Sociedad Bananera de Omoa en 1901 da una idea de cómo intentaron los productores atraer compradores. Además de proveer cifras acerca de la producción mensual para el año anterior, la circular exaltó la calidad del banano cosechado por los socios: “la fruta que ha obtenido mejor precio en los mercados extranjeros y que este año obtendrá [precio] superior en la Exposición de Buffalo, NY, USA, es la fruta de buena calidad, esmerada, sin estropeo y sin ser asoleada. Calidades a prueba de nuestra fruta”.¹⁸

Este texto demuestra la vinculación entre la producción y el mercadeo del plátano. Los productores de Omoa se daban cuenta de que la calidad de su fruta era juzgada no sólo por los inspectores de fruta sino también por la imagen del banano presentada en las salas de las exposiciones internacionales. El hecho de que existiera esta circular es importante porque sugiere que había competencia entre las casas exportadoras. Según los cónsules norteamericanos, durante la primera década del siglo XX, llegaban a Puerto Cortés vapores de varios exportadores norteamericanos, pero muchos de ellos fracasaban en poco tiempo.¹⁹

En el año 1899, un estudio autorizado por el gobierno nacional registró los nombres de aproximadamente 1,100 productores que cultivaban más de 10,000 hectáreas de plátano ubicadas en los siete municipios de Omoa, El Paraíso, Puerto Cortés, San Pedro Sula, El Porvenir, La Ceiba y San Luis.²⁰ Cortaron aproximadamente tres millones de racimos, una cosecha comparable a la de Costa Rica en aquella época. La mayoría de los productores eran

¹⁷ Honduras, *La Gaceta* (31 de marzo de 1895).

¹⁸ José L. Ruiz, “Circular a las compañías fruterías” (1 de enero de 1901), ANH, Leg. “Notas varias del departamento de Cortés”.

¹⁹ Véase, Felix S. Johnson (30 de abril de 1906), USNA, Record Group (RG) 84 (Consular Post Records, Puerto Cortés), tomo XII, pág. 429.

²⁰ Honduras, Junta Registradora, “Datos relativos a las fincas de bananos” (julio de 1899), ANH.

poquiteros: casi 70% sembraron menos de 7 hectáreas de plátano. Las 28 fincas mayores ocupaban 1,700 hectáreas, o 28% del área total cubierta por platanales, mostrando que ya en 1899 empezaba a formarse una división económica entre los plataneros. No obstante, las cifras revelan que la producción bananera no fue concentrada al extremo en el que lo fue durante el siglo XX, cuando la industria habría terminado dominada por compañías norteamericanas. Casi todos los productores registrados eran hombres.

¿Cómo transformaron el paisaje las actividades agrícolas de aquellos bananeros? La falta de una línea de base ecológica para la zona desde el siglo XIX presenta problemas importantes, pero se puede pintar una aproximación del paisaje utilizando evidencias indirectas. Por ejemplo, antes de 1870, los productos exportados de Omoa consistían en pieles de venado y cocodrilo, caoba y otras maderas preciosas y zarzaparilla.²¹ Es notable que todos son recursos forestales o pantanales. Además, los viajeros, cónsules estadounidenses y oficiales de Honduras que hicieron excursiones por los valles y planicies de la región notaron la abundancia de “montañas vírgenes” (suelos cubiertos con bosques maduros).²²



Cortes de caoba y Río Ulua, ca. 1856

Cortesía de la Editorial Iberoamericana de Tegucigalpa y Leticia Oyuela

²¹ “Frank E. Frye a U.S. Dept. of State” (10 de marzo de 1875), USNA, Dispatches from U.S. Consuls in Omoa, Trujillo, and Roatan, 1831–1893, microfilm series T-477, reel 4.

²² Lamentablemente, tales reportajes casi nunca brindan información precisa acerca de la ubicación, extensión y composición de la flora y fauna de estas zonas.

En 1898, George Byron Gordon, un arqueólogo estadounidense que viajó en canoa por el Río Ulúa, observó que el valle era “tierra plana con suelos aluviales profundos... cubiertos por pura montaña”²³ y también comentó sobre la diversidad de la fauna que encontró durante el viaje. Habían pequeñas poblaciones humanas “escondidas” por los árboles y casi sin campos cultivados. Gordon declaró, en tono de desprecio, que los habitantes de la zona “se dedicaban a hacer nada”, complaciéndose con una dieta de “plátanos verdes”. El comentario del científico estadounidense, a pesar de ser poco sensible a una cultura ajena a la propia, es útil porque nos da una idea de los límites del cultivo del plátano para mercados externos. Es probable que gran parte de las transformaciones al paisaje que resultaron de la producción bananera del siglo XIX tuvieran lugar alrededor los puertos y al lado de las redes de transporte, incluyendo los ríos navegables y el Ferrocarril Nacional que corría entre Puerto Cortés y San Pedro Sula.

Así podemos concluir que cuando la UFCo se formó en 1899, 1,000 productores, la mayoría poquiteros, ya habían iniciado transformaciones sociales y ecológicas en la zona litoral. La producción bananera del siglo XIX no puede ser caracterizada como una era de oro ni tampoco una fase de desorganización. La disponibilidad de tierras fértiles, las pequeñas cantidades de capital exigidas, la expansión del mercado norteamericano y la competencia entre los exportadores abrieron una ventana estrecha y efímera que ofrecía oportunidades económicas al pequeño productor.

LA PRESENCIA DE FINQUEROS INDEPENDIENTES Y POQUITEROS, 1912–1935

La inversión de grandes cantidades de capital por parte de compañías exportadoras norteamericanas a partir del siglo XX impulsó una reconfiguración de la industria bananera, caracterizada por la integración vertical y una expansión de la escala de cultivo. Como han mostrado numerosos investigadores, las compañías bananeras se aprovecharon de concesiones estatales que otorgaron un paquete de subvenciones y privilegios que facilitaron la concentración de las tierras y el control de los ferrocarriles.²⁴ En 1925, las dos subsidiarias de la UFCo, la Tela Railroad Company (TeRCo) y la Truxillo

²³ George Byron Gordon, “Researches in the Uloa Valley, Honduras”, en *Memoirs of the Peabody Museum* 4–5 (New York: Krause Reprint Company, 1970 [1898]), pág. 8.

²⁴ Charles Kepner y Jay Soothill, *The Banana Empire: A Case Study of Economic Imperialism* (New York: Russell and Russell, 1967 [1936]); y Mario Argueta, *Bananos y Política: Samuel Zemurray y la Cuyamel Fruit Company en Honduras* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1989).

Railroad Company (TruRCo), controlaban unas 163,000 hectáreas de tierra en los departamentos de Atlántida, Colón y Cortés, 33,000 de las cuales estaban sembradas con plátano. La división agrícola de la SFCo tuvo no menos de 23,000 hectáreas en el departamento de Atlántida y 23 fincas de superficies desconocidas en el departamento de Colón. La Cuyamel Fruit Company (CFCo) controló alrededor de 22,000 hectáreas de tierra en Cortés.²⁵ Además de ésto, las compañías construyeron cientos de kilómetros de líneas ferroviarias, además de muelles, hospitales, talleres, comisariatos y campos para trabajadores.



Locomotora y vagones de carga de la Tela Railroad Company

Cortesía de la Baker Library, Harvard Business School,
United Fruit Company Collection

²⁵ United Fruit Company, *Annual Report 1925*; Gobernador Ramón Rosa Figueroa, Cuadro de agricultores del departamento de Atlántida durante el año de 1928 (junio de 1928), ANH, Leg. “1922–1933”; y J. D. Aycok, “Informe de la Cuyamel Fruit Company y Cortés Development Company, 1930”, en *Ministerio de Fomento, Memoria de Fomento, Agricultura, y Trabajo, 1929–30* (Tegucigalpa: Tipografía Nacional, 1931).

Es indiscutible el hecho de que las concesiones ferrocarrileras sirvieron principalmente a los intereses de las mismas compañías. Al mismo tiempo, es importante reconocer que las concesiones les sirvieron también a varios gobiernos nacionales que buscaban el camino a la modernidad a través de modelos liberales. Por ejemplo, entre 1914 y 1929, las exportaciones del plátano aumentaron de 8.4 millones de racimos hasta 29 millones. La población humana aumentó de 65,000 mil personas en 1910, hasta casi 200,000 habitantes en 1935, con un ritmo de crecimiento regional mucho más alto que el del país entero.²⁶

El impacto de las concesiones sobre los poquiteros fue complejo. Las compañías no dejaron de comprar la fruta a los productores contratados y, en ciertas ocasiones, la extensión del ferrocarril generó oportunidades para poquiteros ubicados cerca de las líneas principales y los ramales. Los datos de la TeRCo que recopilaron los cónsules estadounidenses muestran que la cantidad de fruta comprada por la compañía fluctuó bastante entre 1920 y 1935, pero nunca representó menos del 24% de la fruta que exportó.²⁷ Los datos para la TruRCo son menos completos pero indican que compró de los productores particulares mucho menos fruta que la TeRCo.²⁸ En 1920, la Aguán Valley Company, subsidiaria agrícola de la SFCo, compró el 75% de los bananos exportados de La Ceiba. Quizá 1920 representó un año extraordinario en este aspecto porque el porcentaje de fruta que compró la compañía cayó bastante en los años posteriores.²⁹ Aunque no están completos, los datos analizados nos permiten concluir que entre 1899 y 1930, la cantidad de fruta comprada a productores independientes fue variable por año y por zona geográfica. En términos absolutos, la cantidad de racimos que las compañías compraron a los bananeros particulares cambió poco entre 1899 y 1930. No obstante, la tendencia más notable durante este plazo de tiempo fue la reducción en el porcentaje de fruta exportada que no fue cultivada en las plantaciones de las compañías estadounidenses.

²⁶ Honduras, Dirección General de Estadísticas y Censos, *Honduras en cifras 1964* (Tegucigalpa: La Dirección, 1965).

²⁷ Robert E. Whedbee, "A Brief, Basic Banana Industry Report (1941)", Confidential U.S. Diplomatic Post Records, 1930–1945, Honduras, reel 28.

²⁸ Honduras, "Ministro de Fomento a Truxillo Railroad Company (15 de diciembre de 1931)", ANH, Leg. "Secretaría de Fomento, libro copiador de correspondencia oficial, diciembre de 1931".

²⁹ U. S. Consul Wymberly Der Coerr, "Basic Report on Banana Industry (7 de mayo de 1942)", Confidential U.S. Diplomatic Post Records, 1930–1945, Honduras, reel 28.

Varias fuentes históricas confirman que había un número importante de productores de plátano durante las primeras décadas del siglo XX. Utilizando datos oficiales del Ministro de Fomento, Obras Públicas y Agricultura publicados en 1916, García Buchard notó la presencia de 950 bananeros, 60% de los cuales cultivaban extensiones de tierra de menos de 14 hectáreas.³⁰ Un censo agrícola realizado en el departamento de Cortés en 1926 registró la presencia de 179 productores de la fruta, de los cuales 75% mantenían bananales de 10 hectáreas o menos. Los datos revelan la necesidad de usar con cuidado la clasificación “bananero” porque muchos productores — tanto ricos como pobres— sembraron cultivos diversos.³¹

Los datos de los años 1916 y 1926 indican que el siglo XX fue de estratificación económica entre los productores. Tomamos como ejemplo San Pedro Sula, donde más de la mitad de las fincas sobrepasaban 20 hectáreas en 1926 y donde los 16 bananales más grandes se combinaron para ocupar terrenos en exceso de 1,000 hectáreas. Además, Euraque ha notado que, entre 1884 y 1920, no menos del 80% de los alcaldes de San Pedro Sula tuvieron fincas de banano y muchos eran socios de empresas controladas por Samuel Zemurray, el dueño principal de la CFCo.³²

Una comparación de las cifras disponibles para los años 1916 y 1926 indica que el número de bananeros descendió en el curso de diez años. No obstante, es probable que la cantidad del censo departamental de 1926 no representara la totalidad de productores.³³ En 1931, un artículo publicado en el periódico *El Pueblo* alega que habían más de 900 bananeros en el valle de Sula. A lo mejor, este estimado tampoco es confiable pero, junto con los datos sobre la compra de fruta de la UFCo en la década de 1930, sugieren que los poquiteros seguían teniendo una presencia visible.

³⁰ García Buchard, *Poder político, interés bananero*, págs. 151–154.

³¹ En total, no menos del 70% de los productores registrados en el censo de 1926 tuvieron varios cultivos.

³² Euraque, *Reinterpreting the Banana Republic*, págs. 24–27.

³³ Encontramos el manuscrito muy deteriorado en el Archivo Nacional de Honduras en 1995. Fue imposible saber si el censo pretendió documentar todos los productores agrícolas y agropecuarios o solamente las personas registradas como agricultores y ganaderos matriculados. Curiosamente, las empresas estadounidenses no aparecieron en el censo.

TRANSFORMACIONES ECOLÓGICO-SOCIALES Y LA EPIDEMIA DEL MAL DE PANAMÁ

Treinta años después del viaje del arqueólogo Gordon, el botánico norteamericano Paul Standley viajó en el tren de la TeRCo por la ribera oriental del río Ulúa. Escribió Standley: “Casi todo el terreno en esta zona está adaptado al propósito de la siembra de plátanos, los cuales, aunque sean hermosos cuando se encuentran en cantidades pequeñas, parecen monótonos cuando se les siembra en monocultivos inmensos”.³⁴ El botánico agregó que la compañía había dirigido el drenaje de zonas pantanosas para obtener más tierras para sembrar bananos. Un año después, James Peters, ornitólogo de Estados Unidos, confirmó la visión de Standley, caracterizando el paisaje como un mosaico de fincas bananeras, tierras abandonadas, pantanos desecados, pastos y guamiles.³⁵ Ambos científicos notaron el decaimiento en las variedades de la flora y la fauna.

Los cambios dramáticos en las riberas del Ulúa resultaron de la expansión rápida de la producción bananera que tuvo lugar durante los 30 años que separaron el viaje de Gordon de los de Standley y Peters. El descombro de bosques trópico-húmedos y el drenaje de pantanos transformaron los ecosistemas marcados previamente por su gran diversidad de flora y bajas densidades de poblaciones de especies individuales a monocultivos extensos donde había una biodiversidad muy restringida. Se produjo un agroecosistema muy propenso a epidemias.

El mal de Panamá (véase Figura 1) se presentó por primera vez en la Costa Norte durante la década de 1910, casi veinte años después de que había aparecido en las fincas bananeras de Panamá y Costa Rica. El hongo (*Fusarium oxysporum* f. *cubense*) asociado a la enfermedad vive en los suelos. El elemento patógeno infecta su hogar por medio de las raíces y sube por el sistema vascular, llegando hasta las hojas y matando la planta. Es posible que existieran por siglos poblaciones pequeñas del hongo en los suelos de Honduras, pero también llegaron en las cepas importadas de otros países.³⁶ Los monocultivos de Gros Michel, la variedad que formaba la base de la industria platanera desde el siglo XIX, presentaron muy pocos obstáculos en los niveles

³⁴ Paul C. Standley, “The Flora of Lancetilla”, en *Field Museum of Natural History-Botany* 10 (Chicago: Field Museum, 1931), págs. 8–49.

³⁵ James L. Peters, “An Ornithological Survey in the Caribbean Lowlands of Honduras”, en *Bulletin of the Museum of Comparative Zoology* (1929), págs. 397–399.

³⁶ Robert H. Stover, “Fusarial Wilt (Panama Disease) of the Banana and other Musa Species”, *Phytopathological Paper No. 4* (Kew, England: Commonwealth Mycological Institute, 1964).



FIGURA 1

El mal de Panamá o enfermedad del Panamá de la platanera
[*Fusarium oxysporum* f. *cubense* (E. F. S.) SNY. et HANS.]

1. Fase inicial de la enfermedad, 2. Fase avanzada,
3. Conidios y 4. Clamidosporas del organismo causal.

Fuente: G. Fröhlich y W. Rodewald, *Enfermedades y plagas de las plantas tropicales: descripción y lucha*, Gertraude Bayo, traductora (México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1970), lámina 3. Para mayor información sobre esta enfermedad, véanse las págs. 31-34 de esta fuente.

del ecosistema y genético que pudieran haber detenido el avance de la enfermedad dentro de una finca.³⁷ Zanjós, canales, redes ferroviarias, obreros migratorios y animales, todos facilitaron el traspaso del hongo entre distintas fincas y zonas enteras.

En 1919, el cónsul estadounidense ubicado en La Ceiba reportó que había aparecido una enfermedad que atacaba algunas de las “mejores plantaciones”.³⁸ Cuatro años más tarde, el mismo cónsul escribió que esperaba el abandono de miles de hectáreas debido a la combinación del empobrecimiento de los suelos y al avance del mal de Panamá. En esta ocasión, la previsión del cónsul fue bastante clara: los datos de la SFCo muestran que la cantidad de fruta exportada por el puerto de La Ceiba decayó de 4.3 millones de racimos en 1922 a 1.9 millones en 1926.³⁹ El nivel de exportaciones se recuperó en 1928, elevándose a 3.2 millones de racimos, pero la enfermedad no cesó de infectar fincas de la compañía y, según un observador, “el aumento en producción solamente se ha sostenido a través del establecimiento de fincas adicionales”.⁴⁰

Las demás compañías enfrentaban problemas parecidos. En 1926, la TeRCo declaró que había hecho “todo lo posible” para combatir la enfermedad, inclusive obteniendo la ayuda de especialistas en fitopatología y suelos agrícolas de los Estados Unidos y Europa. De hecho, el avance inexorable del mal de Panamá motivó la formación de un equipo científico dedicado a investigar el mejoramiento del sistema de producción. Los científicos empleados por la UFCo y también por los gobiernos del Reino Unido y los Estados Unidos fueron los que definieron el discurso intelectual sobre la naturaleza de la enfermedad y los métodos para controlarla.⁴¹ Pero los primeros intentos para impedir el avance de la epidemia fracasaron. La TeRCo trató de aislar

³⁷ Christopher C. Mundt, “Disease Dynamics in Agroecosystems”, en *Agroecology*, C. Ron Carroll, John Vandermeer y Peter Rosset, editores (New York: McGraw-Hill, 1990), págs. 263–299.

³⁸ Alexander K. Sloan, “Annual Report on Commerce and Industries (1919)”, USNA, U.S. Foreign Agricultural Service (RG 166), Narrative Reports, 1904–1939, entry 5, box 343, folder “fruits”.

³⁹ Aguan Valley Company, “Detail of Fruit Shipments for Years 1920–1930 Inclusive”, Howard-Tilton Memorial Library, Tulane University, Standard Fruit and Steamship Company Papers 1901–1963, box 8, folder 12.

⁴⁰ Nelson R. Park, “Review of Commerce and Industries, La Ceiba, for Quarter ending Dec. 31, 1928” (1929), USNA, RG 166, Narrative Reports, 1904–1939, entry 5, box 343, folder “fruits”.

⁴¹ Soluri, “Landscape and Livelihood”, págs. 145–198.

plantas afectadas con la construcción de cercos alrededor las fincas. También ordenó a los trabajadores que aplicaran un desinfectante a sus herramientas y zapatos. Los obreros arrancaron y quemaron las matas enfermas. En Panamá, los científicos empleados por la UFCo experimentaron sin éxito con controles químicos en un laboratorio.⁴²

Otros científicos buscaron una variedad de banano con resistencia a la enfermedad. En 1910, casi diez años antes de que la enfermedad empezara a avanzar en Honduras, un investigador del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, R. E. B. McKenney, reportó desde Cuba que el “banano chino” (una variedad Cavendish) era completamente resistente a la enfermedad.⁴³ El estudio de McKenney ayudó a estimular la colección de ejemplos de variedades de Musa. En 1930, la UFCo tenía aproximadamente 160 clases de Musa en su estación experimental en Panamá.⁴⁴ Entre éstas, identificaron variedades del banano con resistencia al mal de Panamá. Los investigadores no pudieron declarar aún un triunfo completo porque, en las palabras de un científico, “la calidad de la fruta es muy inferior a la fruta aceptada por el consumidor [norteamericano] como un banano”.⁴⁵ En otros términos, una variedad resistente a la enfermedad no tendría valor económico si los mercados no la reconocieran como un banano de primera calidad. Durante las décadas de 1920 y 1930, la UFCo junto con la SFCo y la CuFCo exportaron pequeñas cantidades de una variedad llamada Lacatán pero, por lo general, a los comerciantes mayoristas y detallistas en los Estados Unidos no les gustó y prefirieron comprar el Gros Michel a un precio más elevado.⁴⁶

La evidencia indica que las decisiones tomadas por los ejecutivos de UFCo reflejaron una inflexibilidad organizativa que no se puede atribuir como una reacción racional a lo que los economistas refieren como una “señal del mercado”. En la mente de la mayoría de los ejecutivos el Gros Michel formaba la base de una industria que generó divisas extraordinarias para la UFCo y,

⁴² Samuel C. Prescott, “Diseases of the Banana”, en *United Fruit Company Research Bulletin* 2 (enero de 1917), pág. 20.

⁴³ R. E. B. McKenney, “The Central American Banana Blight”, en *Science* 31 (13 de mayo de 1910), pág. 750.

⁴⁴ Robert H. Stover, “Fusarial Wilt”, pág. 103.

⁴⁵ J. H. Perman, “Banana Breeding”, en *United Fruit Company Research Bulletin* 21 (14 de octubre de 1929), pág. 13.

⁴⁶ John Soluri, “(Trans)Gendering the Banana: Monocultures, Mass-Markets, and the Life of Miss Chiquita 1929–1972”, ponencia presentada en el Hagley Fellows’ Conference, Center for the History of Business, Technology, and Society (Wilmington, Delaware: Hagley Museum and Library, 9 de marzo de 2001).

mientras hubieran tierras para sembrarlo, no era necesario seguir otro camino. Por eso no cesaban de sembrar, abandonar y resembrar fincas, un ciclo de construcción-destrucción que duró hasta la década de 1950.

LOS IMPACTOS DEL MAL DE PANAMÁ SOBRE LOS POQUITEROS

La política de la UFCo y demás compañías hacia la epidemia no debe ser separada de las concesiones ferrocarrileras que le otorgaron los derechos a los recursos naturales de la Costa Norte, una subvención estatal de valor incalculable. Los productores pequeños y medianos no gozaron de estas concesiones y, por lo tanto, no pudieron adoptar la misma estrategia cuando el mal de Panamá se extendió por sus fincas. Los impactos sociales de la enfermedad, o mejor dicho, de la política de las empresas transnacionales frente la enfermedad, no eran uniformes por toda la región. Por eso es importante considerar la cuestión desde una perspectiva local. Una de las primeras zonas abandonadas por una compañía frutera fue el municipio de Omoa, donde los primeros bananeros comenzaron a vender fruta durante la década de 1870. No menos de 140 productores cultivaban aproximadamente 1,200 hectáreas de banano en 1899.⁴⁷ La etapa de expansión rápida se inició en 1910, cuando Samuel Zemurray organizó la construcción de un ferrocarril de Omoa hacia la frontera con Guatemala. En la zona de Cuyamel, las plantaciones de Zemurray reemplazaron “áreas extensas” de bosques que estaban en la faja de tierra plana entre el mar y los cerros del Merendón.⁴⁸ Los productores independientes cultivaron fincas pequeñas y grandes en las cercanías del ferrocarril. En 1920, las plantas de plátano cubrían alrededor de 6,900 hectáreas de tierra en el municipio.⁴⁹ Pero el auge bananero tuvo corto plazo en Omoa. Las autoridades hondureñas y norteamericanas informaron que ya para 1925,

⁴⁷ Honduras, Junta Registradora, “Datos relativos a las fincas del banano (julio de 1899)”, ANH.

⁴⁸ C. F. Marbut and Hugh H. Bennett, “Informe de los terrenos y la agricultura de la región cubierta por el estudio económico de la expedición guatemalteco-hondureña”, en *Estudio económico de la zona fronteriza entre Guatemala y Honduras practicado durante los meses de mayo y junio de 1919 bajo la superintendencia de la Sociedad Geográfica Americana para el departamento de Estado de los Estados Unidos de America* (1919), J. E. M. Alonso, traductor, ANH manuscrito (mimeografiado).

⁴⁹ Luis Caballero, “Ramo de agricultura: cuadro numérico que demuestra las manzanas cultivadas en el departamento de Cortés, de las plantas que se expresan en las casillas siguientes (5 de noviembre de 1920)”, ANH, Leg. “informes de las gobernaciones políticas varios departamentos, 1919–1920”.

el mal de Panamá había reducido las cosechas del plátano tanto que las exportaciones de Omoa casi habían parado.⁵⁰ Al mismo tiempo, Zemurray estaba haciendo inversiones fuertes en ferrocarriles y fincas de banano y caña de azúcar en el valle de Sula. En 1929 vendió la CFCo a la UFCo. Dos años después, los ejecutivos de la compañía anunciaron que iban a abandonar sus fincas en Cuyamel.⁵¹

Cuando se les informó de la decisión que tomó la compañía, los habitantes de la región escribieron una carta al presidente Vicente Mejía Colindres pidiendo que interviniera para evitar “la muerte de la única actividad que nos da sustento”.⁵² El alcalde de Omoa, Samuel García, expresó su temor de que con el cese de la producción bananera también se terminaría el servicio del tren. En 1932, los temores del alcalde se convirtieron en la realidad cotidiana, cuando la compañía empezó a levantar la línea entre Cuyamel y Omoa, una acción que dejó desesperados a los productores independientes. En una carta enviada al Ministro de Fomento, el finquero Orellano Rodríguez explicó que habían unos 25 finqueros que iban a perder sus inversiones en fincas que habían establecido recientemente al lado de la línea ferroviaria.⁵³ La respuesta del ministro le dio poca esperanza a Rodríguez, declarando que “el gobierno ha gestionado con los representantes para conservar la línea ferroviaria puesto que no tiene derecho de obligarlos a ellos”. Las mismas concesiones que les permitieron a las compañías la explotación de los recursos naturales también les concedieron la libertad de levantar sus rieles cuando los mismos recursos, ya alterados, no les sirvieran más.

Entre 1933 y 1934, de los 6 millones de racimos de fruta exportada del departamento de Cortés, menos de 30,000 provinieron de las fincas de Omoa. Una autoridad del gobierno nacional escribió que el pueblo estaba “desolado, muerto y los valles están cubiertos de guamiles siendo muy escaso encontrar algunas matas de banano”.⁵⁴ La mayor parte de los 4,000 habitantes seguía

⁵⁰ Ray Fox, “Excerpt from Review of Commerce and Industry for the Year 1926 (9 de febrero de 1927)”, USNA, RG 166, Narrative Reports, entry 5, box 343, Folder “fruits”; y “J. Antonio Ynestroza a Ministro de Fomento” (10 de marzo de 1925), ANH, Leg. “Correspondencia telegráfica Cortés 1925”.

⁵¹ Alonso Valenzuela, “Informe de la inspección de Omoa y Cuyamel (29 de julio de 1933)”, ANH, Leg. “Ministro de Fomento, Informes, 1931-1932”.

⁵² Samuel E. García, *et al.* (31 de mayo de 1931), ANH, Leg. “Correspondencia del departamento de Cortés”.

⁵³ “Orellano Rodríguez al Ministro de Fomento (2 de junio de 1932)”, ANH, Leg. “Notas varias, 1932”; y *El Pueblo* (2 de mayo de 1932), pág. 1; y también (7 de mayo de 1932), pág. 1.

⁵⁴ Valenzuela, “Informe de la inspección de Omoa y Cuyamel”.

viviendo en la zona, algunos ocupados con el trabajo amargo de desarmar la infraestructura de la compañía; otros sembraron tierras abandonadas que la compañía les alquiló. El paisaje de Omoa, dominado por fincas del banano en el pasado, en 1933 consistía en un mosaico de guamiles y finquitas de plátano, piña, caña, frutales y granos básicos.⁵⁵ Los pasajeros y productos se movían entre Cuyamel y Omoa en cayucos y bestias.

El caso de Omoa-Cuyamel no fue único. La correspondencia oficial enviada de zonas abandonadas en los departamentos de Atlántida y Colón indicó condiciones semejantes de crisis económica.⁵⁶ A veces las gestiones de las compañías para quitar su infraestructura encontraron resistencia de los pobladores que enfrentaban la destrucción de sus sustentos. En agosto de 1931, los vecinos de la aldea Mezapa (Santa Rosa del Norte), el Departamento de Atlántida, detuvieron un grupo de trabajadores que habían empezado a levantar dos kilómetros de un ramal de la línea de la TeRCo.⁵⁷ Pocos días después, el alcalde de Tela y el gobernador de Atlántida, Adolfo Miralda, viajaron a Mezapa, donde se reunieron con más de 60 personas de la comunidad. Miralda leyó un mensaje oficial que reafirmó tanto la legalidad de las acciones tomadas por la compañía en Mezapa como la determinación del gobierno por proteger los derechos de la compañía. El gobernador reconoció la importancia del ferrocarril para la aldea pero explicó que él no podía exigir que la compañía dejara intacto el ramal. Los pobladores de Mezapa explicaron que su preocupación no era por el levantamiento inminente de la línea, sino por la preservación de varios puentes que cruzaban los ríos y quebradas de la zona. Pidieron que la TeRCo pusiera un puente nuevo sobre el río Naranjo porque el puente actual se dañó durante “las crecientes”. Los aldeanos sostuvieron que, en años anteriores, el río era seco y “se podía pasar con gran facilidad”. Ahora, el río era muy hondo y peligroso porque la compañía canalizó el curso e hizo converger todas las quebradas de los terrenos adyacentes mediante un zanja que desembocó en el río Naranjo. Por último, los manifestantes, notando que el río Mezapa abastecía de agua potable los campos de

⁵⁵ “Cruz Calix al Presidente Tiburcio Carías Andino (24 de julio de 1933)”, ANH, Leg. “Secretario de Fomento, Agricultura y Trabajo, Correspondencia de las juntas de fomento”.

⁵⁶ *Revista del archivo de la biblioteca nacional de Honduras* 12 (1931), pág. 434; “Camilo Gómez a Gobernación de Atlántida (23 de noviembre de 1936)”, ANH, Leg. “Gobernación 1936”.

⁵⁷ Si no indicamos al contrario, los acontecimientos sobre Mezapa son de Adolfo Miralda, “Certificación: Asunto de Mesapa-Tela Railroad Company (30 de agosto de 1931)”, ANH, Leg. “Correspondencia de la gobernación de Atlántida, 1931”.

trabajadores, exigieron como un “acto de justicia” que les pusieran cuatro llaves de agua para el uso de la comunidad.

Al día siguiente, el alcalde de Tela informó que los vecinos de Mezapa se conformarían con la decisión de levantar el ramal si la compañía dejaba los puentes intactos. El gobernador acordó iniciar una discusión con las autoridades de la TeRCo acerca de la instalación de un sistema de agua potable y la reconstrucción del puente sobre el río Naranjo. Pocos días después de la reunión con la comunidad, el gobernador Miralda recibió un mensaje informándole que el alcalde auxiliar de Mezapa, Ciriaco Torres, había ordenado que los trabajadores dejaran de quitar los rieles porque la compañía aún no había construido el puente sobre el río Naranjo. Miralda envió un mensaje severo a Torres en el cual enfatizó que la aldea no tenía el derecho de exigir que la TeRCo construyera un puente nuevo. Curiosamente, el tono de la comunicación que Miralda mandó a su superior en Tegucigalpa fue muy diferente. El gobernador empezó con la observación de que muchos de los 400 habitantes de Mezapa se ganaban la vida vendiendo granos básicos y otros productos en los campos bananeros ubicados en El Progreso. Pero el río Naranjo y otras quebradas estaban ubicadas entre Mezapa y los campos. Por lo tanto, Miralda pidió que el gobierno nacional obligara a la compañía a reconstruir el puente, sosteniendo que “los aldeanos tienen la justicia a su lado porque el problema con los ríos ha resultado por las canalizaciones que la compañía hizo en la jurisdicción”.⁵⁸

Desafortunadamente, la evidencia que hemos encontrado no indica si el puente Naranjo fue renovado. No obstante, el caso de Mezapa revela la historia dinámica entre cambios agroecológicos, las transformaciones económicas y el poder de las compañías fruteras. La TeRCo brindó trabajo y mejoramiento de infraestructura a las zonas bananeras pero también perturbó el medio ambiente. Los cambios agroecológicos se presentaron en dos formas distintas aún vinculadas: un aumento en la corriente del río Naranjo durante el invierno y la disminución del rendimiento de las fincas bananeras a causa del mal de Panamá. Estos cambios, en torno, provocaron una sucesión de cambios sociales incluyendo el abandono de la zona por la compañía y la necesidad de encontrar sustentos alternativos y nuevos significados para la infraestructura que construyó la TeRCo. Este episodio en la historia de Mezapa ilustra no solamente las interacciones entre procesos sociales y ecológicos; representa un ejemplo más de cómo los pobladores de la Costa Norte, el

⁵⁸ “M. Orellano a Ministerio de Gobernación (24 de agosto de 1931)”, ANH, Leg. “Correspondencia telegráfica, Atlántida, 1931”; y “Ciriaco Torres al gobernador de Atlántida (28 de agosto de 1931)”, transcrito en “Adolfo Miralda a Gobernación (30 de agosto de 1931)”, ANH, Leg. “Correspondencia recibida de las gobernaciones políticas de la república, 1931”.

Estado y las empresas transnacionales negociaron el uso de recursos ecológico-sociales. Como ya hemos señalado, el poder de las compañías les dio una ventaja enorme durante negociaciones con gobiernos municipales. No obstante, las comunidades de campesinos y trabajadores lucharon contra este poder de varias maneras. Por ejemplo, en 1927, los socios de la Unión Ferrocarrilera de Honduras y un grupo de campesinos ocuparon tierras abandonadas por la SFCo en Atlántida. El líder sindicalista, Zoroastro Montes de Oca, solicitó al gobierno nacional su protección contra la expulsión, informando que los ocupantes pretendían establecer una “gran propiedad o cooperativa”.⁵⁹ En el mismo año, Jacobo P. Munguía presentó una petición al presidente Miguel Paz Barahona en nombre de más de 100 personas que ocupaban otro terreno de la SFCo. Munguía explicó que los firmantes esperaban sembrar “aquel banano resistente [al mal de Panamá]” y vender su cosecha a la compañía.⁶⁰ En 1931, otro grupo de trabajadores pidió el derecho a las tierras abandonadas por las compañías bananeras en cantidades suficientes para servir a las 5,000 personas desocupadas.⁶¹

No sabemos cómo respondió el gobierno a estas peticiones. Sin embargo, son importantes porque ofrecen una oportunidad para ver cómo los trabajadores enfrentaban el desempleo resultante del abandono de las plantaciones. Es más, reflejan la identidad compleja e inestable de la mano de obra en las fincas bananeras. Como otros autores han señalado, la mayoría de los trabajadores eran migrantes y “el ser proletario [era] una condición temporal”.⁶² Sostenemos, a la vez, que esa condición de ser “semiproletario” resultaba no tanto por una mentalidad “rústica” (o sea precapitalista) del campesino como por la dinámica ecológica-social que resultó del sistema de producción.

Esa dinámica provocó un desarrollo sin uniformidad a nivel regional. Cuando las compañías abandonaban lugares tales como Omoa y Mezapa, entraban en otros. Tomemos, por ejemplo, la historia de Sonaguera, Colón. Separada del mar Caribe por una cadena de sierras que dificultaba el transporte, Sonaguera no fue un centro bananero en el siglo XIX. Hasta 1907, los habitantes de Sonaguera se quejaban de la emigración constante de sus hijos

⁵⁹ “Zoroastro Montes de Oca al Ministro de Fomento, Obras Públicas, Agricultura y Trabajo (1 de septiembre de 1927)”, ANH, Leg. “Notas varias, 1927”.

⁶⁰ “Jacobo P. Munguía al presidente Miguel Paz Barahona (16 de mayo de 1927)”, ANH, Leg. “Correspondencia particular, 1921”.

⁶¹ “Urbano Rodríguez, *et al.*, a presidente Vicente Mejía Colindres (19 de enero de 1931)”, ANH, Leg. “Correspondencia del departamento de Atlántida, 1931”.

⁶² García Buchard, *Poder político, interés bananero*, pág. 207.

a la Costa Norte (a los campos bananeros del departamento de Atlántida). El sustento principal en Sonaguera era la ganadería a pequeña y mediana escala.⁶³ Las leyes municipales habían declarado los ejidos una zona mixta donde ganado y caballos podían andar libremente, una indicación de la importancia de la producción agropecuaria.

Todo empezó a cambiar en 1919, el año en que la SFCo dejó de construir su ferrocarril desde La Ceiba hacia el oeste en favor de la construcción de una línea con rumbo al este. Casi al mismo tiempo, la línea principal de la TruRCo acercaba Sonaguera al valle Aguán. En 1920, la SFCo intentó registrar un terreno con “pasto artificial y 400 cabezas de ganado vacuno” dentro de Sonaguera.⁶⁴ En julio del mismo año, Luis Masnada, un comerciante de La Ceiba con vinculaciones a la familia Vacarro, o sea la SFCo, recibió una concesión para cortar 5,000 árboles de caoba y cedro en un plazo de cinco años.⁶⁵ El ritmo de inmigración a Sonaguera se aceleró, lo que motivó a la municipalidad a restringir la conversión de bosques a pastos, por miedo de que no hubieran tierras en cantidades suficientes para la expansión de la agricultura.⁶⁶

Cuando la línea de la compañía se acercaba a la municipalidad de Sonaguera, alrededor de 1924, los agricultores en la zona vieron una oportunidad de contener el poder de los ganaderos. Inés Lanza presentó una petición, firmada por 100 pobladores de Sonaguera, pidiendo que la municipalidad estableciera una zona agrícola dentro de los ejidos. El texto del documento revela que los firmantes esperaban aprovechar la presencia de las compañías bananeras para justificar la propuesta: “poniendo por base la virtud de que se aproximan en avecindarse las compañías extranjeras a esta jurisdicción y siendo la agricultura el elemento valioso de que disponen los habitantes de un pueblo... se debía dar el ensanche más vigoroso que fuera posible”.⁶⁷ La petición explicaba que los agricultores no tenían los recursos económicos necesarios para cercar sus fincas y, por lo tanto, no podían proteger sus cultivos de las vacas que vagaban por los ejidos. La municipalidad no actuó con respecto a la petición, prefiriendo elevarla al Consejo departamental de Colón.

En 1925 el alcalde R. Martínez, notando que la SFCo había registrado muchas quejas ante la alcaldía de la policía “por perjuicios que causan los

⁶³ Actas de la Municipalidad (23 de junio de 1918), Sonaguera, Colón.

⁶⁴ Actas de la Municipalidad (1 de marzo de 1920), Sonaguera, Colón.

⁶⁵ Actas de la Municipalidad (30 de julio de 1920), Sonaguera, Colón.

⁶⁶ Actas de la Municipalidad (28 de octubre de 1921), Sonaguera, Colón.

⁶⁷ Actas de la Municipalidad (15 de noviembre de 1924), Sonaguera, Colón.

ganados que pertenecen a estos vecinos”, pidió que la municipalidad buscara una manera para conciliar los intereses de los ganaderos y los agricultores.⁶⁸ Esta vez, la municipalidad tomó acción, preservando la zona mixta en el ejido y estableciendo una zona agrícola en una banda de tierras alrededor del mismo. Notablemente, la responsabilidad para construir cercos cayó entonces en las manos de los ganaderos. En los años anteriores, los ganaderos se quejaron ante la municipalidad por las multas que recibieron a causa de las vacas que vagaban por las fincas de las compañías bananeras.⁶⁹



Canal para drenaje, Ejidos de Tocoa,
Truxillo Railroad Company, 15 de diciembre de 1926
Cortesía de la Baker Library, Harvard Business School,
United Fruit Company Collection

⁶⁸ Actas de la Municipalidad (21 de septiembre de 1925), Sonaguera, Colón.

⁶⁹ “Nicolás M. Robles, *et al.*, a ministro de Fomento (15 de febrero de 1927)”, ANH, Leg. “1927 Notas varias”.

La producción bananera aumentaba en esos años, principalmente en las plantaciones de las compañías, pero también en fincas de particulares. Por ejemplo, en 1928, Porfirio Guerrero y Eladio Zelaya solicitaron 35 hectáreas de tierra cada uno para sembrar el plátano.⁷⁰ El mismo año, Alberto Ortíz, Esteban Bardales, Octavio Robles, S. Sánchez, Juan Bardales Ortíz y Eugenio Orellando solicitaron siete hectáreas de “montaña inculta” cada uno con el propósito de sembrar plátano, y ellos no fueron los únicos.⁷¹ En 1929, aproximadamente noventa personas presentaron una solicitud ante la municipalidad, pidiendo que Sonaguera enviara un representante a Tegucigalpa para solicitar al gobierno nacional una extensión a las tierras ejidales.⁷² El alcalde Cresencio Guerrero, tal vez sin la paciencia para esperar la decisión de los burócratas en la capital, hizo una moción en 1930 para denunciar dos terrenos nacionales ubicados al norte de Sonaguera. Simultáneamente, varios vecinos solicitaron que se volviera a designar la zona mixta como zona agrícola, “ya que por su fertilidad los vecinos dan más preferencia a la industria del plátano, siendo además muy reducido el número de cabezas de ganado que existe”.⁷³ Los ganaderos combatieron la propuesta en vano. El gobernador de Colón aprobó el nuevo reglamento, dejando a los ganaderos con la obligación de cercar sus pastos. En un plazo de diez años, la relación entre ganadería y agricultura había cambiado totalmente en Sonaguera. Hasta 1924, los ganaderos controlaron efectivamente el ejido municipal; los agricultores tratando de proteger sus siembras tuvieron que asumir los gastos para cercos. Cuando un grupo de pobladores, anticipando el establecimiento de las compañías norteamericanas intentó establecer una zona agrícola, la municipalidad no respondió sino hasta que la SFCo también reclamó ante los daños causados por los ganados vagos en sus bananales. La revisión a las leyes que obligó a los ganaderos a asumir la responsabilidad por sus animales reflejó la capacidad de los agricultores para aprovechar el poder de las compañías bananeras. En el caso de Sonaguera, entonces, la dinámica provocada por el mal de Panamá fomentó oportunidades para sustentos nuevos y cambios en el orden político a nivel municipal.

En 1930, aproximadamente el 70% de los bananos exportados por la SFCo se originó en Sonaguera. Un lugar que antes ocupaba un espacio marginal en la economía de la Costa Norte se había convertido en un centro de

⁷⁰ Actas de la Municipalidad (23 de abril de 1928) y (4 de mayo de 1928), Sonaguera, Colón.

⁷¹ Actas de la Municipalidad (1928–1929), Sonaguera, Colón.

⁷² Actas de la Municipalidad (1 de abril de 1929), Sonaguera, Colón.

⁷³ Actas de la Municipalidad (1 de febrero de 1930), Sonaguera, Colón.

producción. Pero como ya hemos visto en otros casos, la riqueza que acompañaba la extensión de los ferrocarriles, en las palabras de Charles Kepner, era como “una sombra ambulante que pasa por sobre la tierra”.⁷⁴ Para finales de la década de 1930, la TruRCo había abandonado por completo sus fincas en el bajo Aguán, mientras que la SFCo enfocaba su esfuerzo en fincas nuevas ubicadas en el municipio de Olanchito. En ese mismo momento apareció en Honduras otra plaga del banano, la cual les haría aún más difícil la vida económica a los poquiteros.

SIGATOKA Y EL DECAIMIENTO DE LOS POQUITEROS

Los trabajadores de la TeRCo detectaron la Sigatoka en agosto de 1935, pocos meses antes de que el valle Sula sufriera inundaciones fuertes. En agosto de 1936, Vining Dunlap, un técnico de la compañía, reportó que la Sigatoka infectaba 8,900 hectáreas de banano.⁷⁵ Entre 1936 y 1937, más de 2,800 hectáreas quedaron fuera de producción y la cosecha decayó 36% (de 5.8 millones a 3.7 millones de racimos).⁷⁶ La epidemia no se limitó a las fincas de la TeRCo. En octubre de 1936, Roberto Fasquelle, un finquero prominente de San Pedro Sula, envió una carta al gobernador de Cortés, avisándole que si el gobierno nacional no ayudaba al desarrollo de un plan para erradicar la Sigatoka, los productores independientes desaparecerían en el plazo de un año.⁷⁷

La carta de Fasquelle ofreció un panorama triste de las condiciones para las zonas bananeras al lado del Ferrocarril Nacional, entre Puerto Cortés y La Pimienta: en Potrerillos, hubo una “pérdida total” de la cosecha y en La Pimienta, las exportaciones habían caído en un 66%. El gerente de la TeRCo confirmó el cese de exportaciones de los pueblos bananeros de La Pimienta, Potrerillos, San Manuel y Villanueva.⁷⁸ Entre 1935 y 1937, la cantidad de

⁷⁴ Charles Kepner, *Social Aspects of the Banana Industry* (New York: Vanguard Press, 1936), pág. 45.

⁷⁵ Vining C. Dunlap, “Reports on Investigation of Sigatoka Disease Control in the Tela and Cortes Divisions, Nov. 1935–Nov. 1936”, págs. 1–2. Agradezco el apoyo generoso del Dr. Robert H. Stover que me permitió ver este informe interno de la división de investigación tropical de la United Fruit Company.

⁷⁶ U. S. Vice-Consul Julian L. Nugent, “The Banana Industry in the Puerto Cortés Consular District (1 de junio de 1942)”, Confidential U.S. Diplomatic Post Records, Honduras, reel 28.

⁷⁷ “Roberto Fasquelle a gobernador Milla (9 de octubre d 1936)”, ANH, Leg. “Correspondencia recibida de las gobernaciones, 1936”, Tomo II.

⁷⁸ U. S. Vice-Consul, Julian L. Nugent, “The Banana Industry in the Puerto Cortés Consular District”.

racimos exportados que venían de productores contratados descendió de 3.6 millones a 1.7 millones. Los productores en el valle Sula sufrieron un desplo-me total en 1939, cuando sus exportaciones apenas superaron los 100,000 racimos. En los ojos del gobernador de Cortés, J. A. Milla, la epidemia ame-nazaba con provocar una crisis económica:

[S]i no atendemos con todo el interés que exige este cultivo las consecuencias serán terribles, sin banano en nuestra costa no habrá dinero para introducir mercaderías, las aduanas perderán sus rentas de importación y exportación, que son las que salvan al gobierno y a los municipios en sus necesidades de caracter imperioso; y hasta el plátano que es el pan de el pobre desaparecerá... el porvenir del Ferrocarril Nacional está envuelto en este asunto, pues consti-tuye su principal renta los fletes ocasionados por la sacada de la fruta traída de mercaderías y de productos nacionales de una u otra parte.⁷⁹

Enfrentando una crisis aguda, la TeRCo inició una programa de investi-gación para controlar la situación. El hongo (*Cercospora musae*) que producía los síntomas de la Sigatoka viajaba por el aire, extendiéndose mucho más rápido que el hongo asociado con el mal de Panamá.⁸⁰ Por lo tanto, no había tiempo suficiente para reubicar la producción. El técnico Dunlap reportó que una mezcla de sulfato de cobre más cal ofrecía un control efectivo bajo las condiciones ambientales del valle Sula.⁸¹ Al cabo de un año, la empresa aplicaba el fungicida (en polvo) por medio de aviones y los trabajadores que, con escopeta y manguera en mano, iban por las fincas regando el químico.⁸² Utilizando los dos sistemas, la empresa logró controlar la epidemia en más de

⁷⁹ “Gobernador J. A. Milla a ministro de Gobernación (10 de febrero de 1937)”, ANH, Leg. “Apuntes de 1934, Gobernación política, v. 1”.

⁸⁰ Años más tarde, los científicos le pusieron otro nombre al hongo: *Mycosphaerella Musicola Leach*. Véase, D. S. Meredith, “ABanana Leaf Spot Disease (Sigatoka) caused by *Mycosphaerella Musicola Leach*”, *Phytopathological Papers* 11 (Kew, England: Commonwealth Mycological Society, 1970).

⁸¹ Vining C. Dunlap, “Sigatoka Disease”, en *United Fruit Company Tropical Research Department Bulletin* (septiembre de 1950), pág. 10. Un ejemplo del boletín está en la biblioteca de la Fundación Hondureña de Investigación Agrícola (La Lima, Honduras) panfleto Núm. 1108 (46).

⁸² Así nacieron los “veneneros” que están al centro de *Prisión verde*. El espacio no permite una discusión de los afectos de la Sigatoka en los trabajadores del campo. Véanse, Soluri, “Landscape and Livelihood”, págs. 359–379; y sobre los trabajadores en Costa Rica, véase Steve Marquardt, “‘One Down’: Parakeets, Pesticides, and Unions in the Central American Banana Industry”, ponencia presentada en el First Annual American Society for Environmental History Conference (Tacoma, Washington, marzo 16 de 2000).

12,100 hectáreas para fines de 1937. En su informe anual, Dunlap notó que el equipo técnico acordó que el riego manual era más eficiente (aunque más costoso) que la aplicación aérea. Entre otros problemas, los vientos fuertes y las neblinas frecuentes dificultaron aplicaciones aéreas precisas. En 1938, la TeRCo dejó de usar aviones.⁸³

La rapidez con que la TeRCo llevó a cabo el control de la Sigatoka ha sido considerada como uno de los grandes éxitos en la botánica económica.⁸⁴ No obstante, según un observador, el sistema elevó el costo de producción en un 40%.⁸⁵ La compañía tuvo que importar tubería, bombas, generadores, aviones y toneladas de cobre. Además de esto, el sistema requería del uso intensivo de aguas para el riego del veneno. Por último, una fuerza laboral amplia fue necesaria para instalar y mantener la maquinaria, aplicar el fungicida y quitar los residuos químicos de la cáscara de la fruta.

La TeRCo no fue la única entidad que experimentaba con controles para la Sigatoka. Un grupo de finqueros importantes de San Pedro Sula buscó su propio método de control. Por ejemplo, W. T. Coleman, dueño de una finca de 900 hectáreas en Choloma, experimentó con una máquina motorizada que tenía la ventaja de no ser afectada por condiciones climáticas. El gobernador Milla hizo un reportaje entusiasta sobre la invención, observando que la máquina desinfectó la finca completamente, matando “toda clase de insectos y otras plagas como ardillas”.⁸⁶ No sabemos el destino de la máquina de Coleman; debió haber sido muy costoso construirla y mantenerla. En varias ocasiones, el gobernador Milla le suplicó al Congreso Nacional para que aprobara asistencia técnica y apoyo económico para los finqueros nacionales. Gustavo A. Castañeda siguió a Milla como gobernador de Cortés pero tampoco pudo lograr que Tegucigalpa eliminara los aranceles en materiales importados como cobre, sulfato, bombas y otra tecnología.⁸⁷ Aparen-

⁸³ Vining Dunlap, “Outline of Report on Sigatoka Disease Control 1937”, en *United Fruit Company Division of Tropical Research*, Annual Report 1937, págs. 2–6.

⁸⁴ Claude W. Wardlaw, *Diseases of the Banana* (London: MacMillan and Company, 1935).

⁸⁵ G. Cury-Jackson, “Cooperation of American Fruit Company with Independent Planters (18 de mayo de 1938)”, USNA, RG 166, Narrative Reports, Entry 5, Box 121, Folder “Fruits, 1937–1941”.

⁸⁶ “Gobernador J. Antonio Milla a ministro de Gobernación (10 de febrero de 1937)”, ANH, Leg. “Apuntes de 1934, Gobernador política, vol. 1”.

⁸⁷ “Gustavo A. Castañeda a ministro de Gobernación (1 de marzo de 1938)”, ANH, Leg. “Correspondencia recibida de las gobernadores, 1938”.

temente, el gobierno nacional, bajo el control de Tiburcio Carías, no se interesaba mucho en los problemas de los finqueros sampedranos; muchos de ellos eran liberales.⁸⁸

En 1938, la TeRCo publicó en su periódico, *El Comercio*, un artículo sobre un programa de préstamos y asistencia técnica a productores del banano con “buenas tierras”.⁸⁹ La noticia enfatizó que el programa iba a ayudar a la economía de la región creando trabajo y generando ingresos para el Ferrocarril Nacional y las aduanas. Los participantes en el programa tendrían la oportunidad de aprender los métodos modernos de producción. El artículo aseguró que la industria bananera volvería “a las condiciones que existían antes de venir la Sigatoka”. Es difícil saber cómo reaccionaron los productores del banano ante el anuncio de la compañía. Tomando en cuenta el poco apoyo ofrecido por el gobierno nacional, es fácil imaginar que muchos se interesaron. Pero la noticia ofreció muy pocos detalles sobre los términos de los préstamos y la elegibilidad.

Según el vicescúsul estadounidense en Tela, la compañía presentó su idea en términos ambiguos con la intención de estimular interés entre los productores y luego entrar en discusiones para modificar el plan. El diplomático estadounidense supo que la TeRCo tenía como propósito poner sistemas para el control de Sigatoka, el riego de aguas y la limpieza de la fruta de los residuos químicos. Los empleados de la TeRCo iban a operar estos sistemas que quedarían como propiedad de la misma compañía. La empresa también iba a ofrecer préstamos de 50 dólares por acre de tierra bajo control para Sigatoka, con una tasa de interés del 6%. Los productores que participarían en el programa tendrían que vender toda su producción a la compañía por el precio fijo de 25 centavos por racimo.

Los detalles del programa según el informe consular sugieren que, a pesar de la propaganda de la compañía, la producción bananera en el valle Sula no iba a volver a su etapa pre-Sigatoka. En primer lugar, el plan indicó que iba a seleccionar productores con “tierras buenas” —es decir, de alto rendimiento—, una decisión que hubiera excluido un porcentaje considerable de los bananeros. En segundo lugar, el precio de 25 centavos por racimo,

⁸⁸ Además de Coleman y Fasquelle, los finqueros nombrados en la correspondencia de Castañeda fueron Ricardo Beteta, Henry T. Panting, R. López Padilla, R. José A. Funes, León Martínez, F. Sunseri, Juan R. López, Ismael Rápalo y F. Bográn. Agradezco a Darío Euraque la información sobre la afiliación política de los finqueros de San Pedro Sula.

⁸⁹ G. Cury-Jackson, “Cooperation of American Fruit Company with Independent Banana Planters (18 de mayo de 1938)”, USNA, RG 166, Narrative Reports, Entry 5, Box 121, Folder, “Honduras Diseases-Plant, 1935–37”.

menos un descuento del 20% para pagar los intereses de los préstamos, hubiera representado una reducción fuerte del precio de 45 centavos que la compañía pagaba anteriormente. Por último, el hecho de que la empresa iba a mantener su control sobre las tecnologías nuevas hubiera amenazado la autonomía de los productores.

En 1939, la TeRCo comenzó a construir los sistemas de control de Sigatoka en fincas de particulares. En el curso de dos años, más de un millón de racimos fueron exportados de fincas particulares que ocupaban aproximadamente 1,900 hectáreas.⁹⁰ No hemos encontrado evidencias concretas que nos permitan formar conclusiones sobre los términos de los contratos firmados entre los productores y la compañía. No obstante, un informe escrito por un cónsul estadounidense en 1942 indica que estos convenios no se alejaron mucho de las condiciones provisionales que describió el informe de 1938:

En estos años, los productores domésticos dependieron más y más de las empresas norteamericanas tanto para acceso al mercado como para las tecnologías especializadas, hasta que actualmente, la TeRCo construye todos los sistemas de riego y control de Sigatoka en las fincas independientes y dirige los procesos de producción. Hoy día, el llamado “finquero independiente” en realidad solamente recibe una renta de 25 centavos por racimo por el uso de su tierra.⁹¹

Lamentablemente, los documentos oficiales no ofrecen las perspectivas de los poquiteros sobre el control de Sigatoka, pero los recuerdos de pobladores de las zonas bananeras indican que la Sigatoka eliminó una cantidad considerable de productores. Por ejemplo, cuando la enfermedad infectó el bananal pequeño del hermano de Angela Coto-Moreno, él no tuvo los recursos para comprar “las medicinas importadas” y empezó a sembrar granos básicos y otros cultivos para mercados regionales.⁹² Los viejos pobladores de San Manuel también recordaban que muchos bananales se convirtieron en cultivos de granos básicos y otros productos como consecuencia de la Sigatoka.⁹³

⁹⁰ U. S. Vice-Consul, Julian L. Nugent, “The Banana Industry in the Puerto Cortés Consular District”.

⁹¹ U. S. Vice-Consul, Julian L. Nugent, “The Banana Industry in Puerto Cortés Consular District”, pág. 3.

⁹² Angela Coto-Moreno, entrevista (9 de septiembre de 1995), El Progreso, Departamento de Yoro.

⁹³ Nicolás Erazo, entrevista (17 de julio de 2000), San Manuel, Departamento de Cortés.

La epidemia también se extendió por las fincas de la SFCo. La empresa adoptó un sistema de control muy parecido al método inventado por la TeRCo. Entre los años 1938 y 1942, la superficie de tierras bajo control para la Sigatoka aumentó de 730 hectáreas a 3,120 hectáreas.⁹⁴ En aquella época la SFCo también aumentó su uso de aguas para irrigación y otros insumos, inclusive fertilizantes y varas para sostener las plantas durante vientos fuertes. El movimiento hacia la producción intensiva debilitó aún más la capacidad de los poquiteros por ganarse la vida mediante la venta del banano. Un informe estadounidense de 1942 estimó que alrededor de mil poquiteros se ubicaron al lado de la línea principal de la SFCo.⁹⁵ Pero este número impresionante de poquiteros no debe ocultar la posición marginal que éstos ocuparon en la década de 1940: vendieron aproximadamente 500,000 racimos a la compañía, una cifra que representaba solamente un 16% de la fruta exportada por la SFCo.⁹⁶ Las restricciones en el movimiento marítimo provocadas por la Segunda Guerra Mundial empeoraron las condiciones económicas para los poquiteros porque tuvieron una tasa elevada de fruta que rechazaron los inspectores. El cónsul estadounidense estacionado en La Ceiba reportó que los gerentes de la SFCo, luego de debatir el tema, autorizaron la compra de fruta cultivada por poquiteros en consideración de “factores políticos y el bienestar local”.⁹⁷

Al final, el control de la Sigatoka que inventó la TeRCo y que adoptaron todas las zonas bananeras de centroamérica, reflejó el ambiente ecológico-social de donde se originó. La tecnología formó una parte integral de un sistema de producción altamente capitalizado que había estado apoyado por subvenciones estatales. La producción de fruta de “alta calidad” —un concepto fundado menos en la naturaleza que en las eventualidades de la historia— exigió insumos costosos de químicos, irrigación y fertilizantes. Esta llamada modernización de la producción dio lugar a un agropaisaje en donde no había campo para la producción a pequeña escala.

⁹⁴ “A. J. Chute to John Erwin (19 de mayo de 1943)” [copia], Enclosure 3 in John Faust to Secretary of State (21 de mayo de 1943), USNA, RG 166, Narrative Reports, Entry 5, Box 263, Folder “Fruits-marketing policies”.

⁹⁵ Der Coerr, “Basic Report on Banana Industry”.

⁹⁶ Der Coerr, “Basic Report on Banana Industry”.

⁹⁷ U. S. consul Wymberley Der Coerr, “Banana Industry Report (30 de junio de 1942)”, pág. 3, USNA, Confidential U. S. Diplomatic Post Records, Honduras, reel 28.

CONCLUSIÓN

En *Prisión verde*, el novelista hondureño Amaya Amador enfatizó el inmenso poder de las compañías capitalistas y también la complicidad de la clase de compradores —abogados, políticos y terratenientes nacionales— que traicionaron a sus paisanos como el pobre Luncho López. Ahora bien, es indiscutible que las compañías bananeras utilizaron métodos dentro y fuera de la ley para establecer y mantener su poder. Sin embargo, no debemos perder de vista los contextos ecológico-sociales que daban forma a la vida cotidiana en la zonas bananeras. Estos contextos no eran constantes sino que poseían una dinámica atada a los procesos de producción y al mercado norteamericano. Este dinamismo ecológico-social se presentó en la forma de dos enfermedades: el mal de Panamá y la Sigatoka. Hemos sostenido que las epidemias no eran fenómenos naturales sino productos inesperados de un agroecosistema que pretendía aumentar al máximo la producción de un banano con cualidades específicas. Los impactos de las enfermedades en los paisajes de la Costa Norte y los sustentos de los pobladores eran múltiples. En el caso del mal de Panamá, las compañías respondieron a la epidemia abandonando zonas completas y dando lugar a un desarrollo sin uniformidad caracterizado por la eliminación del trabajo en algunos lugares y su creación en otros. Las compañías mantuvieron esta estrategia por un plazo de 30 años, durante el cual abandonaron alrededor de 100,000 hectáreas de bosques entre la frontera con Guatemala y el río Sico en la Mosquitia. Además de la pérdida de recursos forestales, hemos destacado que la epidemia provocó, de una manera indirecta, una crisis económica en los pueblos y aldeas que perdieron trabajos e infraestructura. En el caso de la Sigatoka, los técnicos de la UFCo inventaron un control químico cuyo costo prohibió la producción del banano a pequeña escala. A partir de la década de 1940, los productores particulares que seguían cultivando el banano tenían que hacerlo según términos dictados casi por completo por las compañías. Por ende, concluimos que los riesgos del agroecosistema inestable los asumieron principalmente los trabajadores y los poquiteros.

Nuestra perspectiva ecológico-social nos ha retornado a la visión de Amaya Amador: la dominación de las compañías bananeras. No obstante, nos queda una diferencia de interpretación importante. Para Amaya Amador y otros investigadores, la transformación del poquitero al proletario era una etapa inevitable en el desarrollo capitalista. El problema aquí es una historia teleológica que no reconoce las contingencias que fueron consecuencia de las interacciones dinámicas entre productores, mercados internacionales y agropaisajes. Las personas, plantas y plagas que han habitado la Costa Norte no han sido víctimas pasivas frente el poder de las compañías bananeras, sino agentes activos que nunca se conformaban completamente con el régimen de

producción imaginado por los gerentes, abogados, técnicos y demás empleados de confianza. Por lo tanto, la historia de la zona bananera de Honduras no se puede reducir a una función del capitalismo científico.

Habiendo documentado la presencia de los poquiteros entre las décadas de 1870 y 1940, nos queda por investigar cuestiones importantes sobre su identidad social y su participación política al nivel regional y nacional. Vimos ejemplos de su participación política municipal (en Cuyamel, Mezapa y Sonaguera) pero desconocemos sus orientaciones ideológicas y no sabemos si tuvieron alianzas con los caudillos y revolucionarios de la zona. Las evidencias sugieren que hubo una división permeable entre el “trabajador” y el “poquitero” y que, por lo tanto, el proceso de proletarización fue prolongado.

Quizás los cambios ecológicos que motivaron el uso de insumos más avanzados tecnológicamente y la formación de una fuerza laboral disciplinada representan un contexto importante para entender la huelga de 1954. Para la historia de los cambios sociales y ecológicos en la Costa Norte no es única. Entre 1900 y 1960, las enfermedades del banano afectaron casi todas las zonas bananeras de Latinoamérica y el Caribe. Se ha señalado el impacto del mal de Panamá y la Sigatoka por la costa del Caribe desde México hasta Colombia, pero las epidemias no han sido bien integradas a la historia social de las zonas bananeras.⁹⁸ No cabe duda que las enfermedades fueron factores principales para el traslado de los centros de producción de la vertiente del Atlántico hacia la costa del Pacífico tanto en Costa Rica como en Guatemala y Panamá y que la ausencia del mal de Panamá al sur del Ecuador también motivó a la UFCo para establecerse en aquella región. Vemos así que la integración de historia y ecología nos ofrece la oportunidad de entendimiento de la industria bananera más allá de las historiografías nacionales y como un sistema verdaderamente transnacional, resultado de interacciones dinámicas entre personas, plantas y agentes patógenos.

⁹⁸ Véanse Phillipe Bourgois, *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1989); Aviva Chomsky, *West Indian Workers and the United Fruit Company in Costa Rica, 1870–1940* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1996); Paul J Dosal, *Doing Business with the Dictators: United Fruit in Guatemala* (Wilmington, Delaware: Scholarly Resources, 1993); y Steve Striffler, *In the Shadows of State and Capital: United Fruit, Popular Struggle, and Agrarian Restructuring in Ecuador* (Durham: Duke University Press, en prensa).



Llevando la fruta a la plataforma

Cortesía de la Baker Library, Harvard Business School,
United Fruit Company Collection